

vuelo por el espacio, llevando en sus alas las epidemias, el espanto y la muerte repentina. Eso y más merece el mundo, Señor! el mundo que te desprecia y ebrio de furor se levanta contra tí.

*
**

Perdón, Dios mío, perdón! No lo merecemos, Padre de mi alma! ni somos dignos de él; mas por tus entrañas de misericordia trátanos como á locos, y haznos entrar en razón. Envía tu espíritu sobre el mundo y renueva la faz de esta tierra envejecida. Venga tu luz á iluminar nuestras tinieblas, y tus gracias á purificar nuestros corazones, única medicina para curar la locura del hombre pecador é impío.



XI.

En el Campo Santo.

Hoy es el día de los difuntos: ¡Hasta los difuntos tienen su día! Y es menester felicitarlos. Para eso he venido aquí, á la casa de los muertos, donde hay lugar preparado para todos los vivos. ¿Cuándo tendré que ocupar el mío? ¡Tal vez pronto! Y pues entonces no podré hacerme cargo de mi morada, voy ahora á contemplarla, voy á examinar el palacio de la muerte.

¡El cementerio! Soledad tristísima y vacío inmenso siente el alma al cruzar sus ca-

lles de sepulcros cenicientos. Silencio profundo y espantoso reina en él, interrumpido alguna que otra vez por el tétrico graznido de la lechuza ó por el silbo del viento al chocar con los mustios y erguidos cipreses. Largas hileras de nichos, que encierran los despojos de cien generaciones, y sobre los cuales se ven ángeles de piedra llorando, ó la parca, blandiendo su cruel guadaña, hacen este silencio más terrorífico. El inmóvil y marmóreo reloj de arena me dice que la carrera del tiempo acabó para el muerto, y esas inscripciones lastimeras afirman que dejó de ser. Los huesos dispersos sobre la tierra y los cráneos blancos y medio gastados por la intemperie, son todas las preciosidades que se exhiben en esta triste exposición. ¡Cementerio! Tú eres el museo de la muerte, la triste y desierta playa, donde el mar borrascoso de la vida arroja á sus navegantes, víctimas todos ellos de naufragio inevitable.

*
* *
*

Quien penetre en este lugar, sin llevar en su corazón las creencias católicas, ¿qué pensará de él? Me lo figuro. Al ver los epitafios, según los cuales encierran esas tumbas todo un mundo de sabiduría, de nobleza, de bondad, de belleza, de cariño, y hermosura, increpará á la muerte con estas ó parecidas palabras. «Tirana parca ¡muerte cruel! ¿hasta cuándo has de ser injusta é inexorable? ¿Cuándo te hartarás de estragos y de ruinas? ¿Cómo no tienes lástima de tantas lágrimas derramadas por tu causa? ¿Por qué te complaces en marchitar hermosuras, en frustrar esperanzas y en derribar los más bien fundados proyectos de los hombres? ¿Qué bien te trae llenar el mundo de orfandades y los corazones de amargura? ¡Traidora! que por secretos caminos alcanzas siempre tu presa y cubres la tierra de luto y de aflicción... ¡Tirana parca! ¡muerte cruel! ¿hasta cuándo has de ser injusta é inexorable?»

Así hablan el incrédulo y el impío cólericos y despechados. Pero ¿qué has hecho tú, hermana muerte, para que te apostrofen

de ese modo? Es verdad que tu memoria es amarga; pero injusto tu proceder, eso jamás! Tú eres vengadora de la honra divina vilmente ultrajada por los hombres, y tus venganzas ó tus castigos son un acto de suprema justicia. Salud, muerte querida! porque reduces á podre, hediondez y polvo la vana soberbia del hombre. Salud, amiga parca! porque abates y humillas hasta la tierra, á la soberbia y sensualidad, ídolos inmundos adorados por los mortales. Mil loores se te deben porque conviertes la impúdica belleza en horrible fealdad, la altivez en abyección espantosa y los movimientos de la ira en impotente quietud. Por tí, justiciera muerte, es despojado el rico avaro de sus mal adquiridos tesoros, el ambicioso de sus honores usurpados, el tirano de su poder injusto, el maldiciente de su lengua maldecida y el ladrón de las riquezas robadas. Salud, pues, hermana muerte, vengadora de la honra divina y castigadora de las injusticias é iniquidades de la raza humana!

¡Nó! no me espantas con tu presencia,

amiga muerte, porque te conozco bien. Tú eres el cuchillo con que mi Padre celestial cortara los lazos que unen mi espíritu á la materia; tú la que pondrás en libertad á mi alma; tú quien la sacarás de la cárcel de este cuerpo donde vive aprisionada; tú serás la carroza que la trasportará á regiones inmortales. ¿Cómo te he de temer? ¿Cómo me has de espantar?

De tu triste presencia no me espanto,
El mundano temor á mí no alcanza,
En tí acaba el dolor, se extingue el llanto,
Tu verdadero nombre es la *Esperanza*.

Tema quien no crea que hay muertos dichosos; pero no el que confiesa que son bienaventurados todos los muertos, *que mueren en el Señor*. ¿Y habrán muerto en el Señor todos los que contiene este recinto?



Aquí duermen el sueño de las tumbas muchas generaciones; aquí descansa la muchedumbre que componía la población en

pasados tiempos; la misma que circulaba con bullicio por las calles y plazas de la ciudad, llena de vida, de ilusiones y proyectos. Ahí yacen los graves magistrados que administraron justicia; ahí los generales que llevaron su ejército á la victoria; ahí los sacerdotes que bendijeron nuestra cuna; ahí los sabios enorgullecidos con su ciencia; ahí los poetas que cantaron las glorias de la patria; ahí escritores, artistas, señores, pecheros, ricos y pobres, nobles y plebeyos, generaciones enteras que se hundieron para siempre y cayeron una vez para no levantarse más: todos bajaron á esa obscura, silenciosa y vasta región de ultratumba; todos entraron en ella por la puerta del sepulcro; pero al entrar, la muerte despojó al guerrero de su espada, á la dama de sus joyas, al rey de su corona, al pobre de sus harapos, al dignatario de su dignidad, al rico de sus riquezas, á la hermosa de su hermosura, y á todos los igualó con igualdad espantable.

Misterio abrumador! Ahí están convertidos en polvo corazones que amaron y la-

tieron con entusiasmo santo por la religión, por la familia, por la patria, por la gloria y por el bien. Corazones desprendidos y generosos que socorrieron al pobre, compadecieron al afligido y dieron lo suyo para remedio de ajenas necesidades: y hoy, faltos de todo, dejan escapar de sus sepulcros, un gemido idéntico á este de Job: *Misere-mini mei, misere-mini mei, saltem vos, amici mei*. Misericordia y compasión demandan! ¡limosna piden! ¿quién se la negará?

Pero ¿qué piden? ¡Ah! no piden que se restauren los mármoles de sus agrietadas tumbas, ni que se les erijan estatuas y cenotafios inventados para satisfacer el orgullo de los que viven, más bien que la fama de los difuntos: nó! ¿Qué les importan á ellos las pomposas lápidas y los epitafios laudatorios, vanidad de los vivos y desengaño de los muertos? ¿Qué son esos ricos mausoleos, sino monumentos que publican la soberbia de los que sobreviven y la miseria é ignominia de los que murieron?

Ah! los millares de difuntos que encierran estos sepulcros piden una cosa bien

distinta por cierto! piden oraciones y sufragios. Oraciones á Dios por el eterno descanso de sus almas: sufragios enviados al Purgatorio, donde muchas de ellas están detenidas, en lugar de expiación, sin poder satisfacer por sí misma la deuda contraída con Dios, mientras vivieron en este valle de lágrimas.

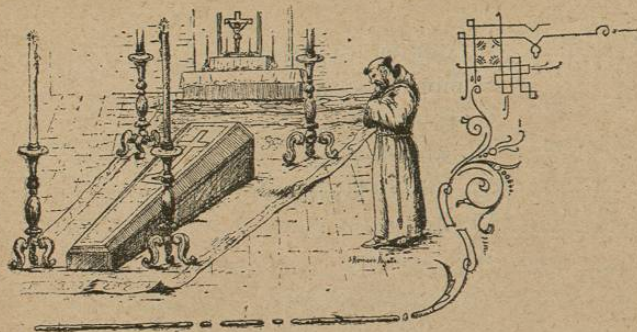
*
**

¡Misteriosa grandeza la del catolicismo! Hoy pone en comunicación á los muertos con los vivos, á la tierra con el cielo, y une á todos sus hijos con lazo de verdadera y santa fraternidad. A muchas leguas de aquí, en las vertientes de los Andes, en los bosques de la India, en los arenales de Africa, en las islas de Oceanía, á orillas del Nilo y del Amazonas, entre las nieves del Polo y los ardores del Ecuador, en todas partes, hay cristianos para mí desconocidos, cuyos nombres no sabré hasta verlos escritos en el libro de la vida; y allí están rogando por

todos los fieles difuntos; por sus padres y por los míos; y en mutua correspondencia ruego yo aquí por mis padres y por los suyos y pago la oración hecha por las personas que amé, con otra oración y otra plegaria al Eterno por los seres que ellos amaron. Dulces y misteriosas relaciones entre todos los hijos de la Iglesia católica! entre los vivos y los muertos, entre los que triunfan en el Cielo, los que aquí peleamos y los que están prisioneros en el Purgatorio. ¡Admirable comercio de bienes imperecederos! Cuánta sabiduría y cuánta ternura hay en él! La religión que enseña verdades tan consoladoras, ha bajado sin duda del Cielo.

Oremos, pues, hoy por los difuntos, si queremos que mañana oren por nosotros. Roguemos por los que existieron, si queremos que los existentes en venideras edades rueguen por los que hoy existimos. Los siglos se devoran unos á otros y las generaciones se empujan unas á otras hacia el sepulcro. Más allá de él está la región de los gozes inefables, la del llanto y el dolor sempiterno, y la de expiación, que empieza

en doloroso llanto y acaba en inefables alegrías: los de la primera región nada necesitan; á los de la segunda nada les aprovecha, y los de la tercera piden hoy el sufragio de nuestras oraciones y limosnas. Oremos á Dios por los fieles difuntos. *Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpétua luceat eis: Requiescant in pace Amen!*



XII.

Junto á un féretro.

DIOS mío, qué solos
Se quedan los muertos!!

¡Qué soledad alrededor de este cadáver! Mudo silencio reina en la casa, y no oigo más ruido que el del péndulo, contando las horas que pasan. ¡Todos se han retirado! Unos cargados de sueño, otros rendidos del cansancio y la fatiga, y los más, cediendo al miedo ó al dolor, se han retirado y me han dejado aquí sólo para velar un cadáver, para rezar por su alma, para meditar en la vanidad de la vida, en la soledad de la muerte; y...

Aquí en este triste
Sombrió aposento,
Cadáver inerte,
Yo solo te velo;
Yo solo te lloro,
Yo solo te rezo,
Y solo repito
Con lúgubre acento:
¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

Si alguien me sorprendiera con el lápiz y el papel en la mano, pensaría tal vez que al rojizo resplandor de estos pálidos cirios estaba dibujando la fúnebre escena que el salón presenta con ese féretro cubierto de paños.... negros como las sombras de la muerte; ¡pero no! en vez de dibujar, estoy encomendando al papel el fruto de profundas y santas reflexiones y repitiendo sin cesar....

¡Dios mío, qué solos
Se quedan los muertos!

¿Pero esta soledad es de los muertos ó de los vivos? ¿de los que se van ó de los que nos quedamos? La humanidad peregrina

por la tierra, y lo mismo acampa en la falda de un monte que á orillas del mar; llega el momento de partir, y deja abandonadas las chozas y tiendas de campaña que habitó unos días. Al verlas inhabitadas, el peregrino rezagado se llena de tristeza y exclama: ¡Qué soledad! pero esta soledad es de él que la siente, y no de los que se fueron, que bien acompañados iban. Luego bien podemos invertir el orden de las ideas y decir:

¡Dios mío, qué solos
Se quedan los vivos!

*
* *

El mundo es un inmenso cementerio en el que no podemos mover los pies sin pisar una tumba; los mismos que nos movemos en él, no somos más que sepulcros vivientes de esa vasta necrópolis; ó si se quiere mejor, nidos que encierran pájaros sin alas todavía; esas alas crecerán, y ellos volarán á su región, dejando el nido desierto; y al ver-

lo así vacío y abandonado, no podemos decir con verdad que los muertos se quedan solos, sino que nos dejan solos.

A vista de un cadáver, si atiendo á lo que se fué, siento consuelo; si miro lo que queda, siento tristeza. ¿Qué queda en éste que estoy velando? ¡Ay!

Ya son sus bellas manos
Yertos despojos;
Mudos están sus labios,
Ciegos sus ojos;
Y en su pupila
No brilla la mirada
Dulce y tranquila.

¡Qué tristeza! ¡qué dolor! ¡qué transformación! Pero me fijo en lo que se fué, y con aire de triunfo pregunto á lo que aquí queda...: Cuerpo inerte, ¿qué has hecho de tu alma? Cárcel misteriosa, ¿dónde está el prisionero que encerrabas? Navecilla averiada, ¿dónde está el piloto que te gobernó? Jaula vacía, ¿dónde está la avecilla que en tu recinto volaba y cantaba, como cantan y vuelan los ángeles en el cielo? ¡Ah! ¡voló

la avecilla, emigró el piloto, huyó el preso, y escapó el alma á la región de la inmortalidad! ¿Quién es el insensato que delante de un cadáver se atreve á poner en duda la inmortalidad del alma? ¡Anatemas y maldiciones de la humanidad doliente caigan sobre él!

¿Morir el alma? ¡Mentira! ¡mentira! ¡La que habitó en este cuerpo vive y mora en la región de las alegrías interminables! ¡No murió, sino que pasó á mejor vida; y allá.... ¡qué hermosa, qué ufana y qué ágil estará sin la carga, grosería y fealdad del cuerpo! Dejó el preso su cárcel, el esclavo su cautiverio, el peregrino la escabrosa senda que le llevó á su patria, el huésped la mala posada en que estaba detenido, y el ave el nido donde moraba, que todo eso fué para esta alma dejar su cuerpo y volar á Dios.

*
* *

Si los hombres vivieran como Dios manda, no llamarían á la muerte, muerte, sino resurrección y vida; porque el cuerpo

no es más que un sepulcro de carne, una tumba que siente; y morir no es otra cosa que salir el alma de esa sepultura viviente, romper los lazos que la atan á la carne, cortar las ligaduras de la corrupción y volar á la mansión de la eterna dicha. ¡Tal es la muerte de un buen cristiano! y tal fué la de esta criatura, cuyo cadáver contemplo. Por eso me alegro de su muerte, y río de gozo, cuando los demás le lloran, y la llamo dichosa, cuando dicen los demás *¡Pobre de ella!* ¡Pobre nó! ¡Dichosa mil y mil veces! ¡pues trocó el destierro por la patria, el mar borrascoso por el tranquilo puerto, la esclavitud por la libertad, el trabajo por el descanso, y la tierra por el cielo!

Es verdad que este cadáver va á convertirse en polvo; es verdad que en breves horas esos miembros tan bien formados van á ser pasto de viles gusanos; es verdad que ese cuerpo que conserva su hermosura aun después de muerto, va á resolverse pronto en manantial de podredumbre y corrupción; pero eso, lejos de entristecerme, me consuela, porque es digno de consolación

ver á su alma libre de tanta miseria y de tan asquerosa compañía. Eso me sirve para conocer más la nobleza, calidad y hermosura del alma, cuya luz ahuyentó tantas sombras, cuya presencia bastó para disimular tanto horror y tanto asco, para convertir la fealdad en belleza, la podre en hermosura, los gusanos en lindeza, el horror en atractivo y la muerte en vida. ¡Oh alma! ¿Quién no conoce por aquí tu valor y precio? ¿Quién pone en duda tu inmortalidad? Baldón y afrenta caigan sobre él!

¿Y hay quien se olvida del alma para poner los ojos en ese muladar que se llama cuerpo? ¿Hay quien se deje seducir de esa vana hermosura de la carne, flor de un día, caduca y percedera? ¡Insensatos hijos de Eva y locas hijas de Adán! ¡Pasan la vida estimando y adornando ese inmundo sepulcro que se llama cuerpo; y despreciando y afeando y manchando y encenagando á esa hija del cielo que se llama alma, y mora encerrada en su corpórea sepultura! ¿No es esto un crimen? ¿No es esto locura? ¿No es esto delirio criminal? ¡Ah! Para esos insen-

satos la muerte es muerte: para los buenos cristianos que mortifican su cuerpo por hermostrar su alma, la muerte es resurrección y vida. Estos, deseando salir de esta cárcel y morar con Cristo en el cielo, cantan á vista de un cadáver:

¡Dios mío, qué solos
Nos dejan los muertos!

Los otros... ¡infelices! Apegados á la tierra, sin esperanza cierta de mejor vida, al ver un cadáver, cantan con el miedo de un criminal ó con la duda del escéptico que nada espera:

¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!

¡Oh Rey eterno, para quien todo vive!
¡Oh Dios inmortal, para quien hasta los muertos tienen vida! ¡Goce el alma, que habitó este cuerpo, la compañía de tus santos, y haz lugar también á la mía, en la mansión de tus escogidos!



XIII.

En el Portalito.

QESÓ el canto y el alegre son de los instrumentos pastoriles; cesó el bullicio de las gentes, y el templo ha quedado desierto, convidando á la oración con su quietud, su tibia obscuridad y el aroma del incienso.

El sol se ha hundido en el mar, apagando su luz en las amargas ondas, y por el lado opuesto comienza la noche á tender su obscuro manto sobre la tierra, como invitando al descanso, á la oración y al silencio. ¡Qué hora tan hermosa para meditar en los misterios de Belén!

A eso vengo aquí, Niño divino, y atraí-